

Perdiendo la juventud

Lo público, ¿medios para lo oculto?

Por [E. Armstrong](#)

¿Es posible perder nuestra juventud? Una pregunta que quisiera pueda permanecer en la mente al final de este ensayo como duda, ya que la juventud está inserta en un ambiente social que ellos no han creado ni elegido en su totalidad, no poco se lo hemos proporcionado. En una comunidad donde todos están relacionados, pretender que es natural competir o un derecho hacer lo que conviene a unos en desmedro de otros, no solamente es una ilusión, puede ser un auténtico crimen el cual podría mantenerse impune y oculto; según lo cual, parte de lo que los influye y estimula podría serles ajeno, aún cuando muchos jóvenes actúen creyendo hacerlo libremente y por voluntad propia.

La juventud perdida, es el síndrome de la desilusión causada por la sensación de no haber vivido o tenido lo mínimo que esperábamos de la niñez o la juventud, siendo causa de frustraciones y angustias que se arrastrarán hasta de adultos, por medio de una sensación de pérdida irreparable ante la desconcertante percepción de haber sufrido un daño injusto. La juventud perdida representa la melancolía de creer en las alegrías que nos fueron privadas, las que luego, al revivir su recuerdo nos hacen ver y sentirnos solos.

La mencionada enfermedad hace que de adulto se expresen comportamientos que aún se originan en frustraciones ocurridas durante el período infantil o juvenil, conduciendo a conductas duales, en las que por un lado vemos al adulto y, por el otro, a lo propio de un púber o adolescente. Clubes o grupos con gustos comunes por su actividad, deportes o pasatiempos, pueden ser expresiones naturales, como también un síntoma de carencias, lo cual reconoceremos cuando se llega al extremo de postergar

lo principal, o afectar la convivencia familiar, o al ver que se gasta en banalidades que exceden al presupuesto, o comportarse, vestirse o hablar como adolescente cuando no se es, etc. En ocasiones, exponerse a un adrenalínico riesgo extremo puede ser causado por la necesidad de perseguir sensaciones, pero, ¿sentir es vivir? Probarse, ¿para qué? ¿O son esfuerzos para escapar de una vida que no satisface como la quisiéramos? Cuando nos arriesgamos a daños o consecuencias que inesperadamente pueden afectarnos por parte o el resto de una vida, la desproporción es una señal de que hay prioridades mayores a la salud personal, las cuales exigen ser atendidas y dentro de ellas, las carencias e inseguridades ocuparán su espacio.

Es cierto que también ayuda la desmedida exposición a las fuerzas de la publicidad, actualmente presentes por medio de un marketing invasivo que se dedica profesionalmente a establecer necesidades y carencias artificiales en las mentes, causando mayor ansiedad y frustraciones desde la infancia, deteriorando la calidad de vida al establecer condiciones imaginarias de inferioridad ante los pares con supuesto mayor poder adquisitivo, pudiendo ser causa de sentirse aislado o marginado. Sufrir desórdenes conductuales puede llevar a demostrar la desilusión y frustración, aceptando improvisadas conductas de riesgo por estimar que estas permitirán obtener parte de las satisfacciones o atenciones que nos fueron privadas. La dura realidad puede extenderse posteriormente a las expresiones de los afectos, en su natural búsqueda de sentir reconocimiento o la aceptación tan necesaria para sentir que disponemos de una posición respecto de los demás, la identidad; sin embargo, asumir riesgos adicionales genera nuevas dificultades imprevistas para la edad, pudiendo aportar inestabilidad a las futuras relaciones afectivas al verlas únicamente como pasajeros ejercicios de intercambio de satisfacciones.

La publicidad y el marketing que hoy vemos sin control y tan difundido sin los estudios apropiados sobre su impacto en la mente a diversas edades y condiciones, no ofrecen responsabilidad alguna frente a sus eventuales consecuencias sociales. Sin evaluación sobre sus efectos en los niños y jóvenes, los hemos expuesto a sobre estimulaciones que pueden adelantar sus necesidades físicas y psicológicas de manera desequilibrante, ya que no las podrán satisfacer plenamente dada su corta edad como por no ser independientes ni autosuficientes al carecer del desarrollo necesario. Ante la parcialidad informativa de conductas ofrecidas como fuentes de plenitud, lo que causamos es sembrar frustración y desilusiones donde debieran realizarse. Agrava lo anterior, cuando diariamente se muestra planificada y

permanentemente como real a lo que es irreal, buscando despertar impulsos inconscientes que sean percibidos como deseos y necesidades, provocando diversos efectos nocivos para la población infantil y juvenil. Muy similar es lo que vemos en los medios audiovisuales, hoy sujetos a esta misma realidad destructiva, en la cual sostenidamente se crean y enseñan patrones de conductas irresponsables, mostrando reiteradamente comportamientos contrarios a los que exige la buena convivencia y los que se necesitan para establecer mejores vínculos personales con relaciones más estables. Hablamos de la posibilidad de estar deteriorando deliberadamente la calidad de la vida en comunidad, fomentando aumentos en la agresividad y las conductas delictivas, al mostrar que la ausencia de responsabilidad y de compromiso por el bien común y el personal, no tiene consecuencias. Por otro lado, estaríamos causando la pérdida parcial de las herramientas naturales que toda persona necesita para relacionarse o establecer los vínculos que le permiten socializar de forma constructiva, ya que no todo en la vida será pasajero ni es reemplazable. Hablamos de la posibilidad de haber permitido crear una sociedad tremendamente inestable emocionalmente, frustrada y alienada consigo misma, a un nivel que pronto podría ser causa de que las sensaciones y emociones sean lo que conducirá los comportamientos y no la racionalidad o el juicio responsable.

Una sociedad que valida cualquier medio para alcanzar sus objetivos, debe esperar la misma actitud de sus jóvenes, ¿o no? Por ejemplo, los niveles de erotismo vulgar y la sensualidad desatada en los medios públicos como la televisión, el cine, los videos e internet, con acceso libre a escenas de sexo sin responsabilidad al alcance de toda edad, están modificando y anticipando las conductas con más alto riesgo para la juventud, al establecer patrones de conductas anti naturales como naturales, o motivaciones perversas como simples opciones, o la experimentación como fuente de experiencias necesarias para sus vidas, mientras se les omite que abundan las que podrían causarles daños irreparables, o la sensación de ausencia de justicia ante tanta inconsecuencia, fomentando la inseguridad y la falta de confianza institucional, etc. Cuando el millonario negocio de la entretención puede caricaturizar, retorcer, o mostrar a los mayores acontecimientos, personajes e instituciones que formaron y sostienen a nuestra cultura, con imágenes, tramas o argumentos completamente falsos o ridículos, sin pagar costo alguno por su fraude, y nadie reclama ni pone voz de alerta cuando mentir se hace un negocio político o comercial, ¿qué clase de futuro respeto cívico podremos esperar? ¿Que sociedad estamos entregando? ¿Es un asunto juvenil o ellos son el reflejo de sus mayores? La realidad descrita puede estar facilitando una percepción juvenil desgraciada de su entorno, lo

cual reducirá sus esperanzas y podría conducirlos a priorizar el presente a costa de su futuro, o a despreciar su propia sociedad, o lo que lleve a conductas indiferentes que finalmente lleven a sentir lo mismo por la propia persona. No hay reglas, no hay generalizaciones, y siempre encontraremos múltiples respuestas, pero ante la realidad descrita, hay más probabilidades de que aumenten unos comportamientos en desmedro de otros. La carencia de sentido conduce a sentir una desesperanza que es carencia de futuro, reflejada en un comportamiento centrado en el hoy, para el cual las consecuencias no interesan.

Una sociedad como la nuestra parece estar premiando y validando el oportunismo, con aplausos en la medida de que el resultado sea exitoso, no pocas veces obtenido a cualquier costo. Estamos enseñando que mentir y delinquir puede ser conveniente, cuando por este medio se adquieren éxitos, poder o reconocimiento. ¿Y de la juventud esperamos lo diferente? La sensación de haber perdido parte de la juventud puede conducir hacia una mayor disposición al desorden o la delincuencia, como cuando se validan comportamientos anti sociales como medios para obtener el reconocimiento de los pares, el mismo que no lograron obtener antes porque nadie les dijo que ya lo tenían todo para ese fin. Mas bien, les estamos enseñando lo opuesto, al mostrar por todos los medios públicos que para obtener reconocimiento necesitamos lo que no tenemos, y de paso, poder, dinero, o los recursos que tampoco se tienen, estableciendo limitaciones artificiales y causando crueles padecimientos innecesarios. Lo anterior puede llevar a que también de adultos participen en grupos de amistades cuyos miembros mantengan al menos un interés común, pero en los cuales el resto de la sociedad no interesará mayormente, pasando a ser esta un medio y no un fin, percibiendo al bien común como una lejana utopía externa y ausente de su realidad cotidiana.

Una sociedad sin medios efectivos de regularse, ni interés alguno por el autocontrol del poder, es la sociedad del oportunista, en la que cada cual sostiene su derecho a expresar lo que le parece o estima oportuno. Actuar por conveniencia no será tema para nadie en esta forma de sociedades ya que se considera lo esperable, los derechos ajenos tampoco serán relevantes cuando estos merecen ser aplastados si es necesario para obtener lo que se desea. Creamos escenarios donde quienes padecen trastornos de la personalidad disponen de ilimitadas formas de expresarse para descargar públicamente sus odios o resentimientos internos, contra una sociedad a la cual culparán de sus frustraciones y condiciones. Para estos grupos la familia, el cuidado y protección de la infancia, el respeto a la cultura

en la que viven, no son temas de interés, lo que demuestran públicamente con tanto desprecio como les sea posible. En resumen, una sociedad sin los controles adecuados sobre el comportamiento agresivo de unos pocos que generan sus beneficios, satisfacciones o ganancias a costa de vidas ajenas, es una sociedad descontrolada, lo que significa ir perdiendo gradualmente la cohesión social y exponiendo a su población a formas propias de lo que es ajeno a una convivencia orientada hacia el bien común, ya que, donde todo son derechos todo será lícito y, en consecuencia, lo ilícito pasará a ser derecho.

Parece urgente, cuando no tarde, establecer paulatinamente nuevas formas institucionales de protección infantil y juvenil que sean efectivas y eficientes, iniciando trabajos académicos responsables para demostrar con hechos los efectos de las diversas conductas y manifestaciones sociales aceptadas hoy en los medios públicos, con atención especial sobre los contenidos exhibidos en medios audiovisuales sobre las mentes en etapa de crecimiento en cuanto a sus múltiples efectos sobre su desarrollo. Los videos y la televisión o el cine, no son inocuos, y pueden crear influencias inconscientes que afecten al pensamiento, ya que son experiencias que se viven, sienten y perciben como propias aunque sean ilusiones artificiales; a mayor exposición lentamente vamos creando innecesarios condicionamientos emocionales en nuestras mentes, como si en alguna medida realmente nos hubieran ocurrido. En palabras simples, si como espectadores estamos reiteradamente expuestos a situaciones de abuso, de odio, de maltrato, vulgaridad, violencia, tolerancia a la agresividad, u otra índole, es muy probable llegar a sentirse emocionalmente sensibilizado por tales realidades, induciendo a que nuestras reacciones o respuestas no ocurran únicamente en base a nuestro juicio si no que a prejuicios inconscientes, pudiendo ser en algunos casos desproporcionadas o erradas nuestras respuestas o percepciones ante la realidad objetiva y afectando erradamente nuestras relaciones interpersonales. Nuestro aprendizaje incluye conductas imitativas sobre lo que creemos que puede ofrecernos alcanzar lo que buscamos o deseamos, así es posible llegar a apreciar la violencia, como asumir altos niveles de riesgo personal, o percibir a la delincuencia como un trabajo honorable y admirable. La exposición a realidades virtuales nocivas o con distorsiones malsanas de la realidad natural, cotidiana y objetiva, puede acercarnos a aceptar esas mismas conductas como convenientes o apropiadas, pero ahora sin poner toda la atención necesaria en sus consecuencias objetivas. Validar la expresión de los sentimientos interiores sin considerar u omitiendo sus consecuencias, se facilita cuando aceptamos el rol de víctima de nuestra propia vida, lo que peligrosamente puede

llevarnos a que todo podrá ser lícito como medio de sentirnos compensados. Y cuando estos sentimientos se ven reforzados por los medios audiovisuales bajo el formato de placeres, entretención, juegos, un gusto, o en la enseñanza recibida desde medios masivos o tecnológicos sin control sobre sus contenidos, el resultado debiera ser consecuente.

La infancia parece constituir desde hace tiempo un buen negocio para unos pocos adultos sin escrúpulos, la juventud es otro negocio millonario, por lo cual se ha aceptado someter ya desde temprana edad a sobre estimulaciones que despierten necesidades guiadas, irreales o artificiales, y en no pocos casos estimulando su bioquímica neuronal para llamar su atención con formas que permitan forzarlos a obedecer deseos impulsivos cuyo origen lo sienten como propio, pero que les es ajeno e impuesto. Es un crimen silencioso de ocultas consecuencias para los afectados, el cual puede causar un deterioro en la calidad de sus vidas, alterando en el largo plazo sus formas de expresarse en convivencia. El respeto por la infancia no es una opción como hoy se plantea tácitamente y sin consecuencias por los medios que actúan sobre las emociones, parece una necesidad que está siendo descuidada al extremo, ¿no podría ser tiempo de comenzar a recuperar lo que se ha perdido? La vida personal es única, el tiempo es una oportunidad personal, por lo que dedicar nuestros mas valiosos recursos y atenciones a vivir realidades virtuales podría no ser solamente perder el tiempo.

Crear conciencia es una alegoría a estimular la mayor importancia de preocuparnos por los objetivos personales y sociales; es posible desarrollarla de diversas formas, una de ellas es transfiriendo los pensamientos a propuestas concretas, las que puedan ser implementadas y para lo cual será ideal buscar a quienes comparten objetivos comunes, logrando actuar con apoyo mutuo. En este proceso, se sugiere comenzar por pequeñas propuestas o pocas palabras, un gesto, un aporte a otro en lo cotidiano, ya que no es necesario ni hace diferencia alguna emprender grandes o pequeñas iniciativas; para la conciencia no existe el tamaño ni la medida de lo que hacemos, ellas se centra en como lo hacemos, en su valor y nada mas, en lo que no se mide, ya que simplemente depende de si pusimos o no nuestro Amor. Mas información en Apuntes, [El Amor y el amor](#).

La juventud perdida es parte de una realidad actual que muestra situaciones crecientemente frecuentes, pero que son tan inhumanas como innecesarias; la formación y educación no se limita a las escuelas, tampoco a la familia, es una materia de la mayor importancia para la convivencia, cuya consecuencia

social no debe ser descuidada. Los espacios públicos no deben seguir siendo utilizados como medios para que las minorías busquen como presionar las voluntades de las mayorías. Todo medio público, espacial, gráfico, visual o lingüístico, exige un nivel mínimo de control que entregue a la población las garantías de que sus libertades no están siendo manipuladas o atropelladas, sin que se den cuenta. La actual forma de algunos medios de advertir con textos sobre los contenidos violentos, vulgares, explícitos u otros, es otro engaño mediático y un fraude, cuyo efecto busca lo opuesto al que sostienen esos medios, ya que incentiva a los menores a la curiosidad.

Para algunos, esto es un asunto de evolución social y nada más, pero plantear que en el desarrollo o el cambio es donde encontramos el propósito, como ya lo aseguraba Heráclito, supone al cambio como la oportunidad para crecer. Pero si el propósito de vivir fuera cambiar o crecer, la banalidad no lo es, por lo tanto, la vida personal no se trata simplemente de cambiar ni tampoco de crecer, si no que principalmente de encontrarle nuestro sentido a lo que hacemos. Creemos para lograrlo y apreciarlo, hasta llegar a comprender el sentido de nuestra existencia, lo que logramos al encontrarnos con nuestra identidad, momento en el cual aceptamos con aprecio y agradecimiento lo que somos. Pero ocurre que si vivimos enfrentados a infinitas causas y sentidos, sin ocuparnos de discriminar adecuadamente, es muy posible que lleguemos reiteradamente a un nuevo despropósito. Detenerse a pensarnos no es una opción, es una necesidad vital.

Luego, la pregunta esencial para el desarrollo podría ser diferente, ¿cual es nuestro sentido más natural? Si la existencia o nuestra misma naturaleza tiene un sentido propio, el que nos considera e incluye personalmente, entonces el propósito del cambio podría ser que nuestras experiencias de vida en el tiempo nos vayan facilitando reconocer a nuestra naturaleza y el papel que desempeñamos en ella. Ante tal realidad, no parece un asunto sencillo vivir inmersos en un entorno con variados aspectos que nos quieren ir condicionando; especialmente, si consideramos que la historia del ser humano parece haber sido la de vivir culpando a otros sin hacerse responsable, lo que notamos en la frecuente la actitud de lavarnos las manos o actuando con indiferencia ante quienes hemos afectado. Al parecer nuestro retrato estaba claro hace más de 2000 años, ¿cambiaremos? La historia parece evolucionar más lento de lo que quisiéramos, pero es posible apreciar que si vamos en la dirección adecuada:

En AC vemos la vida con un culto mayoritario a la muerte, por medio de la cual se lograba obtener el bienestar de la propia comunidad. El comercio y el intercambio se daba entre las comunidades hasta que las condiciones y necesidades de unos los empujaron a cambios en las relaciones. El enfrentamiento fratricida habitualmente ha sido consecuencia de presiones del entorno, y los textos disponibles avalan esta práctica justificándola como una causa superior, lo cual jamás fue así, porque beneficiarnos por medio de la destrucción y el sometimiento ajeno no son causas superiores, son causas de muerte.

En DC nace la esperanza del culto a la vida, el cual busca considerar al otro como nuestro igual, con quien es posible dialogar para encontrar soluciones mutuas. Se acepta que crear confianzas es vital para la vida en comunidad, lo que se gana con esfuerzo y colaboración, pero sostiene que podemos perderlo todo con su descuido, por lo cual, a nivel personal esta forma de vida exige establecer acuerdos, y a nivel comunitario proponer normas que se esperan cumplir para cuidar la confianza mutua. Pero las desigualdades naturales en vez de aceptarse como oportunidades de compartir, se utilizan como ventajad para aprovecharse de otros, el resultado no ha sido el buscado naturalmente, llegando a un nocivo culto social al poder.

Ahora podríamos estar en el tiempo para iniciar el próximo paso, terminando definitivamente con el culto al poder que tanto nos sigue contaminando, para volcar los esfuerzos al cultivo de nuestra naturaleza original, la del Amor. De no hacerlo, la búsqueda actual de poder a cualquier costo podría regresarnos a las prácticas del pasado, bajo diversas formas de cultos a la muerte, enfrentando un progresivo desinterés público por adquirir conocimientos que nos hagan mas conscientes del valor de la vida humana. Y como individualmente no se puede cambiar al mundo, la pregunta es, ¿qué puedo cambiar en mi, para ayudar?

Necesitamos tener en cuenta que el individualismo también tiene aspectos positivos, al entregarnos confianza facilita la disposición a comunicarnos, es un primer paso para conocer mas y comprendernos, lo que ayuda a integrarnos. Reconocernos es parte del proceso que nos permite posicionarnos espacialmente con respecto a los demás, aspecto necesario para conocer nuestra identidad en relación a la comunidad. Cuando este sentido de pertenencia a una comunidad colaborativa y solidaria se pierde, es posible llegar al egocentrismo o al hedonismo, formas excluyentes que buscan el propio beneficio. El egoísmo no considera las necesidades ajenas, desconoce el mismo valor que mantiene toda vida humana, establece la

cultura del miedo en la cual nos hace sentir forzados a competir, a tener, a ser mejor que los otros a cualquier costo ajeno. Pero cuando sobrevivimos afectando a otros, establecemos una cultura de las culpas, lo opuesto al mundo de la colaboración y la integración que nos lleva a vivir la felicidad que ofrece la paz de compartir nuestra individualidad.

Las tecnologías sin controles, la televisión sin control, las redes, los videos, las comunicaciones y el cine sin controles, o las canciones sin controles, todo sin norma ni forma alguna de supervisión, nos hace esperar resultados que se verán como una creciente actividad de comportamientos sin control. El auto control puede ser un mito cuando no están dadas las condiciones para comprender los alcances de la necesidad de postergar las emociones o sentimientos impulsivos, causados por fuerzas que ya han sido despertadas para buscar por medios inconscientes dirigir la voluntad. Este puede ser uno de los costos por alterar los momentos del desarrollo humano, especialmente cuando hemos anticipado lo que debía haberse enfrentado a mayor edad.

La pregunta que debemos hacernos es si esta realidad nos afecta ahora y como, si nos cambia y como, si nos ayuda a construir un ambiente de mejor convivencia o si lo deteriora, si valida las conductas integradoras o las individualistas, si fomenta mayor paz o una agresividad que desata la violencia, si muestra el valor de respetarnos o lo opuesto, y la lista no tiene fin. Una comunidad regida por las formas actuales de someter a la población por medio de fuerzas invisibles dirigidas a crear necesidades inconscientes y dependencias artificiales, que buscan concentrar las ganancias a costo de las vidas ajenas, es aquella que promueve una cultura de la muerte. Para esta comunidad los derechos de unos no son iguales a los de otros, aunque simulen y digan lo contrario, sus miembros buscan resaltar sus diferencias y divisiones para justificar lo injustificable, intentando obtener lo que serán siempre intereses personales o de grupos particulares por sobre el bien común. Los primeros atropellados han sido los jóvenes, les siguen los mas vulnerables, luego quienes son dependientes o no autosuficientes, y progresivamente iremos integrando todos esa lista de los excluidos o indeseados.

Cuidar la niñez y la juventud se trata simplemente de evitar la difusión pública de lo que podría destruir o deteriorar a miembros de nuestra sociedad, aplicando sanciones ejemplares y proporcionales a los daños causados en lo que pudiera afectar una vida negativamente. En la actualidad no hay normas que regulen o sancionen la creación de limitaciones mentales,

cuando pública y masivamente se condicionan los pensamientos para causar respuestas impulsivas que acepten lo que ven y escuchan, por medio de interpretar sensaciones y causar vivencias que no son propias ni tampoco verdaderas, pero las que se perciben como tales. La realidad actual prioriza los derechos de quienes desean engañar e influir a otros, pero no los derechos de quienes se ven afectados; prioriza los derechos de los delincuentes y abusadores, pero no los de sus víctimas. La presencia de tantas explicaciones en ausencia de soluciones efectivas demuestra que la prioridad real no ha sido la infancia ni la juventud, y que aún vivimos donde reinan quienes ostentan los mayores poderes de influir sobre los demás.

Esto no es un tema opcional como se lo ha planteado, si estamos creando mentes dependientes de los medios y de las novedades de unas tecnologías que son completamente dependientes de una publicidad que ofrece satisfacciones como necesarias a cualquier costo, como si nuestra felicidad dependiera de poseerlas, estamos causando condicionamientos conductuales que pueden estar determinando la inteligencia de las personas en diversas medidas. Hablamos de alterar las libertades individuales al crear dependencias inconscientes y artificiales que pueden significar serias dificultades y un deterioro para la convivencia presente y futura. ¿Que estamos esperando? ¿Dónde están nuestros académicos y autoridades?

No perder la juventud insertos en una cultura tan competitiva y exitista, no parece sencillo, especialmente cuando lo que importa es parecer ser y no lo que somos realmente, dependemos de lo que podemos tener para demostrar y sin importar si esto se logra simulando o actuando. La cultura del éxito aparenta aplaudir el éxito individual pero en el fondo no es así, ya que incita a vivir siempre pendiente de los demás, pero no para ayudar o participar de otras vidas, si no que para seguir nuestras ilimitadas ambiciones, envidias y deseos de llegar a ser como nuestros referentes. No se trata de ser los mejores, si no de ser como los mejores; aparentando tener y ser lo que no somos. Pero vivir deseando lo que otros pueden tener pero no yo, es vivir con la amargura de no ser como quisiéramos; es no vivir, es perder la vida al no poder apreciar sus infinitas maravillas que están a nuestra plena disposición en lo cotidiano, donde lo mas simple es lo real.

Promover la cultura del tener y la competencia es difundir la inseguridad, porque centra los objetivos de la vida en desigualdades, en lo que podríamos llegar a poseer y no en lo natural, que es lo que tenemos y su medio, la colaboración mutua. Es vivir por unos sueños que siempre nos parecerán estar mas allá de las posibilidades inmediatas, viviendo por alcanzar metas

que se alejan cada vez que logramos acercarnos, es vivir de espejismos en una vida que finalmente nos parecerá tan solitaria como desértica.

Cuando los adultos toleramos que se difunda a la banalidad y vulgaridad como actos sin importancia en los medios públicos o audiovisuales para atraer, o que ser distinto es una cualidad, lo que podría no serlo, estamos entregando patrones o referencias de comportamientos que luego, en alguna medida, podrían ser imitados o validados. Cuando mostramos en los medios de comunicación actividades sin filtro ni límites, como si las palabras y conductas estuvieran ausentes de consecuencias relevantes, estamos mintiéndole a la juventud. Cuando celebramos el éxito y no al esfuerzo heroico de la gran mayoría de quienes realmente hacen lo que su naturaleza y condición les demanda, para atender diariamente lo mejor posible a quienes dependen de ellos, estamos creando peligrosas confusiones que podrían ser muy dañinas. Pero lo anterior parece el camino corto y más fácil, porque no es sencillo apreciar que en los asuntos más valiosos de esta vida, probablemente no lleguemos a ver los resultados de lo realizado, porque el Amor nos pide únicamente ser consecuentes y no resultados; nos pide participar comprometidamente, pero no en acuerdo a si se cumplen o no nuestras expectativas; nos pide incondicionalidad y no depende de esperar una satisfacción recíproca; no esperar pago alguno por lo realizado, ya que su objetivo es servir y no servirse; simplemente nos pide caminar en Su dirección... Aunque el Amor también tiene costos reales y su naturaleza no depende de lo que otros piensen, digan o hagan, hay una diferencia esencial, y es que el Amor es tuyo porque lo llevas dentro por ti, está para ti, para que por Su intermedio logres conocer no solamente tus límites, si no lo que hay en tí que no tiene límites y que espera por ti, permaneciendo tu disposición. El Amor no daña, no se aprovecha de otros, no es oportunista, no es una ilusión o sueño pasajero, no condiciona ni aparenta, y es la forma más objetiva que tenemos para reconocernos y apreciar quienes somos de verdad, lo cual solo se puede observar estando ante el reflejo de lo que hacemos por otro ser. El Amor no es como lo demás que nos rodea, no es como nosotros, donde todo parece buscar verse a si mismo y auto realizarse, el Amor nos hace diferentes al invitarnos a vernos en el otro, a ser cuando hacemos una realidad para otro, y en consecuencia, a sentirnos realizados gracias a los otros, gracias al Amor.

Tendemos olvidar que todo ser vivo debe luchar para sobrevivir, a cada cual le toca lo suyo, por lo que llegar a pensar que somos víctimas especiales como los más afectados por una realidad limitante, probablemente está indicando una dificultad para ponernos en el lugar de los demás,

posiblemente causada por estar demasiado centrados en nuestras propias dificultades. La vida no se trata de mis carencias, si no que de llegar a ver las mayores carencias en otros cercanos, las que podemos consolar como si fueran propias.

Tendemos a olvidar que la vida es bella y que ofrece innumerables maravillas a nuestra permanente disposición, las que no vemos cuando no les ponemos atención. Perder la capacidad de observar la belleza que nos rodea y a las valiosas personas que pasan por nuestro lado, es limitarnos innecesariamente al reducir nuestros recursos para ser mas felices con lo simple, como sentir la paz de quien puede controlarse para adaptarse cada vez mejor ante los inesperados vaivenes de la vida.

Tendemos a olvidar que convivimos con una diversidad de personas, por lo que generalizar es un error habitual, aunque esperable y consecuente con emociones vividas en experiencias previas. Sin embargo cometemos un comprensible gran error, porque así vamos perdiendo el interés, la credibilidad y, la capacidad de confiar en los demás, transformándonos en islas solitarias entre la multitud. Esta actitud nos puede llevar a sentirnos incomprendidos cuando probablemente fuimos quienes no comprendimos a los demás, ni a nosotros mismos.

Tendemos a olvidar el esfuerzo que tantos hacen diariamente para mejorar nuestras condiciones de vida, pero en vez de agradecerlo nos sentimos afectados y, en ocasiones, por una carencia o injusticia inmerecida. Ver la vida con parcialidad o únicamente desde nuestro punto de vista, sin ponernos en el lugar de los demás, puede ser una señal de no querer crecer y asumir las responsabilidades de aceptar la vida que tenemos.

Tendemos a olvidar que los pasatiempos, las alegrías y entretenernos, es necesario ya que nos ayuda a establecer vínculos mas sólidos con quienes mantenemos intereses comunes, pero cuando significa descuidar otras áreas de la vida, podríamos estar causando limitaciones que cargaremos innecesariamente. El equilibrio es oportuno en todo lo que hacemos, pero si lo queremos encontrar hay que buscarlo, ya que supone mesura y postergar algunos deseos, porque toda decisión, preferencia o elección, requiere postergar otras. Pretender que es posible vivir sin postergar nada es anti natural, y puede ser la causa de conductas que lleguen a ser adictivas, las cuales mas que liberar nos esclavizan.

Tendemos a olvidar que mucho de lo vemos como natural no lo es, y que mucho de lo que nos parece anti natural puede ser natural; no todo es lo que parece a primera vista, lo mismo ocurre con las personas, las familias, las amistades, la sociedad y la cultura. La cultura es como las amistades, requiere de nuestro permanente cuidado para no perderla. Ella representa nuestras raíces y parte de lo que somos, por lo cual afectarla es afectarnos. La cultura no es mas que el conjunto de ritos, costumbres y tradiciones que, por medio de la colaboración cívica, vinculan a una comunidad en el tiempo.

Tendemos a olvidar que disponemos de lo necesario para transformar toda forma de adversidad, y demasiadas veces preferimos sentir lastima de nuestra situación antes que luchar por mejorarla y salir adelante. El sufrimiento puede deteriorar y matar, pero también puede hacernos crecer y sentirnos mas vivos que nunca, cuando logramos superarlo; y esto no se logra olvidando, tampoco sanando su causa, es el resultado de poner la vista en lo que consideramos mas valioso que nuestro sufrimiento, y darlo todo por ello. A esta forma de actuar la llamamos trascendernos, al pasar por sobre nuestros sentimientos para llegar quien podemos servir; es olvidarnos en alguna medida de nuestras necesidades al priorizar una necesidad ajena que consideremos mas importante que la nuestra; es participar colaborando, y cuando lo hacemos comprometidamente, sin esperar nada a cambio, lo convertimos en una expresión de lo que es mas: nuestro Amor.

Tendemos a olvidar que no trabajar las frustraciones y desilusiones causa que ellas revivan periódicamente en nuestros pensamientos, haciéndonos perder parte del presente al tener que enfrentarnos continuamente a emociones lamentables por causas ya pasadas. Dejar asuntos pendientes no es un aporte en la vida, para nuestra mente no es diferente, por lo cual buscar las respuestas a nuestras inquietudes es una necesidad vital para llegar a comprendernos.

Finalmente, tendemos a olvidar que en parte somos una proyección de nuestro entorno, en el cual la familia y las amistades mas cercanas son relevantes. Juzgar o descalificar, con frecuencia nos desvalora; es que sin darnos cuenta nos estaremos juzgando o calificando, significa que no nos interpretamos ni nos estamos comprendiendo como lo haríamos bajo otra condición o predisposición. No es un juego descalificarnos, puede conducir a múltiples trastornos como a limitar la voluntad de comprometernos, especialmente en aquellas áreas en las que nos vemos mas afectados por una infancia dolorosa o resentida. El temor a sufrir puede paralizar, pero el temor a volver a sufrir lo mismo, nos hace levantar grandes muros de

autoprotección, tan altos que nos pueden encerrar hasta llegar a estar presos de una realidad que se ha construido en los pensamientos.

Perder parte de la juventud ocurre cuando lo permitimos, generalmente al evitar buscar oportunamente una solución a lo que nos está afectando, lo cual deteriora el ánimo y la calidad de vida. Demasiadas veces tendemos a ver nuestra vida como si fuera una propiedad, a la cual podríamos manipular o modelar a nuestro antojo, lo cual no es así, por lo que aprender a seguir los cambios que nos afectan, unos fortuitos y otros causados, no es un asunto fácil como tampoco ir venciendo a nuestros temores. Hay temores objetivos, pero en su gran mayoría serán el producto de nuestra imaginación proyectada a futuro, como ilusiones y sueños transformados en una amenaza que se cierne sobre nosotros, la que nos causa angustias y ansiedades que nos harán olvidar que la realidad está en el presente, en el instante o momento al cual podemos darle un valor infinito, o ignorarlo.

Otra tendencia frecuente es confundir al Amor con los afectos, cuando este constituye un cambio radical ante las formas en que el ser humano puede colaborar y participar al expresarse por medio del servicio participativo. Los afectos limitan con la reciprocidad, mientras que el Amor no tiene límites, por lo tanto, el límite lo pone la persona que Ama y nadie más. Vivir con carencias afectivas es un drama que tiene serias consecuencias para la vida, pero vivir sin prestar atención al Amor es desconocer la propia vida, lo cual, en algunos aspectos, puede ser perder el sentido de vivir.

Una juventud perdida es aquella que resiente una carencia de Amor en sus vidas, sin embargo ante esta realidad, la solución no está en intentar revivir un pasado que ya no fue, si no que viviendo el presente ocupándonos de no causar ahora, cuando somos mayores, lo mismo a otros. La vida es para construirnos, lo cual se logra al permitir o participar en la construcción de otras vidas, al actuar como si fueran la propia. El valor de lo que ya tenemos es tan grande que sería imposible vivir si tuviéramos conciencia plena de su realidad y alcances, por esto la vida se nos va abriendo gradualmente, a medida que aceptamos caminar con ella. Cada paso es lo importante, lo real y lo que necesitamos atender, porque cada momento es una nueva oportunidad que nos invita a decidir quien queremos ser y como queremos ser, en cada instante la persona expresa su voluntad por medio de sus actos, y es aquí, donde pocos logran darse cuenta de que la verdadera vida está en ese efímero instante, que es el tuyo.

La vida puede ser alegre cuando apreciamos lo que tenemos y colaborando con quienes nos rodean obtenemos ayuda para sentirnos mas felices. La paz es el sentimiento de satisfacción interior por actuar como creemos mejor para todos.

No hay pérdidas para quienes aprenden a sobreponerse, asumiendo su rol en una vida que nos llama individualmente a formar parte activa de ella, participando, colaborando y creciendo gradualmente gracias al grado de integración con los demás que cada cual se permita.